

PREGON DE FIESTAS DE LA VIRGEN DE LA CABEZA DE VILLAR DE CAÑAS.

Sr. Alcalde y miembros de la Corporación Municipal, Sr. Juez de Paz, Sr. Cura Párroco, Sra. Presidenta y miembros de la Junta Directiva de la Hermandad de la Virgen de la Cabeza, Hermanas y Hermanos de la Virgen, vecinos, amigos todos.....¡ Buenas tardes.!

Cuando a uno le hacen el encargo de que se pueda dirigir a todos ustedes para dar el aldabonazo de las fiestas patronales, en honor a Nuestra Señora de la Cabeza, pasan por la mente,- al menos me ocurrió,- dos situaciones si no antagónicas, sí contradictorias: `por un lado la alegría, emoción y satisfacción de poder contar y aportar algo a la fiesta, y por otro, desde mi modesta posición, la responsabilidad que conlleva el acto, y el acierto en agradar y hacerlo tan bien, como la ocasión y todos ustedes se merecen.

Por eso, desde aquí, mi más sincera gratitud a las personas que pensaron y confiaron en mí, para poder llevar a cabo este cometido. Gracias, de verdad.

Resaltar y cantar con palabras en unas Fiestas las virtudes de un pueblo y sus gentes, los hechos y acontecimientos que la hacen posible, no es fácil, créanme. Pero para mí, - sin caer en la pedantería, - me resulta tremendamente cómodo, decir algo, que por otra parte todos sabéis, como es, que tanto los que vivís todo el año en el pueblo, como los que os acercáis a él con más frecuencia o los que lo hacemos más esporádicamente, el amor y el fervor innato a nuestra Patrona, que nos inculcaron nuestros mayores. De ahí la importancia de seguir haciéndolo con los chicos y jóvenes, más preocupados de otros menesteres banales y pasajeros, y sin apenas tiempo para los asuntos de la fe.

No hay villardecañense, esté donde esté, en cualquier rincón de la geografía, que cuando llegan, inexorablemente cada año el 7, 8 y 9 de septiembre, no se acuerde de la Virgen de la Cabeza; o que cuando retoma el volante de su auto para emprender un viaje, si es que no la lleva en imán en el salpicadero, formule interiormente la jaculatoria: **“Virgen de la Cabeza, ruega por nosotros”**, o no tenga la fotografía con la imagen de la Virgen, sea en su ermita, sea delante del antiguo árbol hueco, en su casa, despacho, lugar de trabajo, cartera...o que ante un proceso de enfermedad propio o familiar, no pida protección y amparo a la Virgen de la Cabeza.

¿Y eso qué es? Fe y amor por una madre, por una protectora...;Y no me digáis que no!

Quizá muchos de los jóvenes que me estáis escuchando, y que no me conocéis, estaréis pensando: ¿Tío, quién es este viejo cascarrabias? Pero para los de mi generación, que ya peinamos canas, y los más avanzados en edad,- que no viejos,- no necesito presentación alguna, pues de sobra conocéis la humilde procedencia de mi familia campesina, y que dentro de ella siempre fui Jose, el de la Fili, o el de Fermín, y Josele para amigos y conocidos.

Quiero expresaros que ahora, y desde este escabel, añoro la presencia imposible de mis padres, Fermín y Fili, hermanos toda su vida de la Virgen, y que se sentirían orgullosos, como todos los padres, de verme aquí y del progreso de sus hijos, y junto a ellos elevar mi recuerdo a todos los Hermanos y Hermanas que nos precedieron y marcharon, dejándonos su legado, seguro de que junto a la Virgen de la Cabeza, gozan, nos contemplan y bendicen, desde más allá de las estrellas.

Como dicen que reza el proverbio de que : “ de bien nacidos es el ser agradecidos”, quiero tener un recuerdo especial para mis primeros maestros, y no por afecto de la misma profesión.

Recuerdo y recordaré siempre a Doña Argentina, que en el bajo de la Sociedad Benéfico Obrera, se rodeaba en su parvulario de todos los pequeños del pueblo, con más voluntad, tesón y ganas que recursos pedagógicos existieran, para inculcarnos las primeras letras.

Luego los chicos pasábamos, según aprendizaje, que no por edad como ahora, a manos de D. Juan Antonio Melero, que se batía el cobre, el hombre, con más de sesenta diablillos, ahora que la ratio, según ley, no puede pasar de 25 alumnos por aula; y las chicas con Doña Pilar, a quien le ocurría otro tanto. A ellas más adelante las recogía Doña Luisa y a nosotros D. José Antonio Castellanos, quien preso actualmente de la edad y de la enfermedad, termina sus días en la localidad murciana de Mahoya - Mascisvenda, cerca de Orihuela, cuna de Miguel Hernández, de la que tanto nos hablaba.

Por esos años pasamos a estrenar el Grupo Escolar Virgen de la Cabeza, donde se incorporó al equipo docente, en Educación Infantil, como se dice ahora, la joven maestra María Rosa Díaz.

A todos ellos mi respeto, consideración y agradecimiento.

Recuerdo ir a esa Sociedad en busca de mi padre, a por las dos pesetillas para el cine, que Emiliana nos exigía, y encontrarme a los mayores, ora escuchando la radio,

ora envueltos en las partidas de brisca o truque, alrededor del lebrillo con una azumbre de zurra.

Tengo presente, cómo al abandonar el pueblo a los 12 años para irnos a estudiar a “los frailes” decían, que no eran otros que los Salesianos seguidores de S. Juan Bosco, D. José Antonio nos regaló un libro a cada uno de los siete que emprendíamos rumbo estudiantil. El mío llevaba una dedicatoria donde rezaba el epígrafe: “ Josele, para que te hagas un hombre de provecho.”

También recuerdo a muchas personas del pueblo, humildes y sencillas que contribuyeron con su hacer diario al desarrollo de la vida social y humana local, las más de las veces, de forma altruista o sin grandes emolumentos.

Ruego el perdón de familiares y asistentes por si omito alguna de ellas, que no es mi intención. Pero en mi mente en estos momentos borbotan nombres como: el de la Tía Epifania y la Tía Pascuala, comadronas, parteras en el vocablo popular de aquellos años, que nos trajeron al mundo a cientos de villariños con más ilusión y fatigas que recursos y conocimientos médicos.

Personas de la talla de Eladio Romero, Gonzalo Díaz, Gonzalete, Luis Sanz, Luisón y Domingo Olmo, El Industrial, eran imprescindibles en la Fiesta, y fueron los pioneros en el mundo del toro local, organizando los festejos con los medios a su alcance, con fustas de chopo, cuerdas, carrizo, trillas, galeras y remolques para hacer la plaza de toros en la Huerta de Gaona, junto a la era de Isaac, donde en su porche se improvisaba la cantina, cual Casa Toribio cerca de las Ventas.

A su vez El Industrial se las pintaba solo y era irreplicable en las subastas de la Virgen, subido al poyo de la ermita y frente a la imagen, que con su experiencia y su voz atronadora desarrollaba con increíble maestría, mientras, Jesús Medina, el fotógrafo local, con su “ Kodak Retinette” al cuello, inmortalizaba a los pequeños con sus instantáneas, subidos a las andas de la Virgen.

Y si hablo de la aportación cultural tengo que mencionar a D. Agustín Parrilla por la enseñanza impartida a gran parte de la muchachada, tanto local como de otros pueblos vecinos.

Recuerdo precisamente al bajar por la Calle Mayor y pasar por su puerta, abierta al patio, el olor a libros y a tizas que salía de su aula doméstica. Como lo recuerdo, años más tarde en Cuenca, tras la Transición política, feliz por haber sido rehabilitado en su profesión, y con un destino simbólico, para poder jubilarse como el funcionario que nunca debería de haber dejado de ser.

Con toda seguridad que existieron otras personalidades con más poder, dinero y rol social, pero con menos ganas de acercamiento popular y que poco influyeron y aportaron al desarrollo del pueblo.

Recuerdo haber hecho de monaguillo con D. Gumer, buen sacerdote, con humor y con la suficiente ironía, incomprendida por algunos, pero que de vez en cuando sacaba a pasear su genio, no recuerdo bien, si debido a la lesión de metralla en el hombro o a sus muchos años, que le iban mermando la salud y las facultades, que le impedían celebrar los oficios religiosos con normalidad.

En esos tiempos, evoco la figura entrañable del Tío Basiliso, el sacristán.

Me viene a la memoria, en los días festivos cuando subíamos a la torre a repicar, y mientras las campanas tañían con su lenguaje metálico, y sus nudillos sonoros llamaban a las puertas y ventanas de los vecinos, cómo al momento se desperezaban las calles y la gente pululaba y asomaba tras las esquinas camino de la iglesia con su ropa dominguera. Desde aquí, asomado a las órbitas arqueadas del campanario podía ver los canales rizados, como los surcos de la tierra, de multitud de parduscos tejados. Con medio cuerpo saliente veía los aleros y las corralizas, la Fábrica de Harinas de Cándido con sus portadas abiertas y las bombillas luciendo ya a plena luz. Lejos un fuste solitario, un vigía sagaz se encaramaba en el Cerro del Pino, desafiante y cerrando el horizonte.

En sentido opuesto, veía las bardas de bálago sobre las tapias de los corrales de Argelete.

A lo lejos, la carretera hacia Belmonte se lanzaba recta y se perdía tras la cuesta de la Somadilla.

Más a la izquierda, despejaban las tierras de calveros y blancares con los cristales de yeso y espejillo rebrillando intermitentemente, donde iban las mujeres en busca de tierra albariza para enjalbegar el frontal de los hogares para que el fuego no quemase la pared.

Veía también la Sierra de la Morra, la Vega del Záncara y el Lagunazo medio inundados, y el Río que serpenteaba entre coscojos, encinas y los robles de Casalonga y los Cogollares.

Más tarde, ya de estudiante, llegué a conocer a D. Anastasio Rubio, con quien compartí muchas horas entre el latín de Julio César y el griego de Virgilio. Hombre activo e incansable, amigo de todos y que sabía ganarse a la juventud. Y a nosotros, los que andábamos fuera, como más reacios y rebeldes a su causa, nos atraía con otras aportaciones, largos paseos hacia la ermita, cigarro tras cigarro y mucha conversación crítica y filosófica, para hacernos participar en los actos religiosos y colaborar en los teatros que organizaba con los jóvenes residentes en el pueblo.

Recuerdo bajar a la Plaza Mayor de tierra, donde jugábamos al guá, al tejo, a las chapas, al marro, a la dola, al trompo...y donde los chicos de la escuela plantamos de dos en dos, los primeros árboles alrededor, algunos de los cuales, persisten todavía, tras las varias remodelaciones posteriores de la Plaza.

La Plaza me parecía como una enorme palma de la mano gigantesca cercada por las casas blancas: la casa de Garde, la Posada, la tienda de la Merce, las escuelas, lo que nos decían que era el calabozo, la central de teléfonos, la casa de la Lelé, el estanco y comercio de Vicente, destacando el ocre de la fachada de la casa del médico. Y en el fondo se erguía el templete de cemento con celosías de la terraza del Bar de Zacarías, que bajo la sombra de un olmo centenario y formidable, albergaba media docena de mesas de madera en perfecto desorden. Enfrente, el abrevadero de las caballerías en el milenario Pozo de las Cañas, y una frondosa acacia, donde en el poyo se sentaban los ancianos haciendo gala de sus aventuras juveniles, y que dejaba ver la fachada amarillenta de la antigua Venta de Arrieros, origen del pueblo tras la peste acaecida en la destruida Alcolea, y que ahora ocupaba el ingeniero agrónomo y testarudo de D. Isidro.

Recuerdo bajar a la Fuente a por su agua nítida y fresca siempre, donde para llenar el botijo o el cántaro había que apartar las pajuelas que el viento arrastraba a su interior.

De bajar a la taberna de la Invencible, que lo mismo te vendían un cuartillo de vino que media libra de chocolate Josefillo.

Del fútbol del Industrial, donde el que tenía dos reales de agujero lo pasaba en grande, mientras los demás mirábamos.

Del trabajo de artesanos, como las fraguas de Severiano, Pablo el Herrero o de Gonzalo, que nos atemorizaba con su vozarrón de caverna y que envuelto en chispas asemejaba a un Vulcano golpeando con el macho sobre el yunque, las incandescentes rejas de los arados.

Al Tío Salvador Ramos en su taller, que oblicuo sobre el banco y sin levantar los ojos del tablón que aserraba, seguía el hilo de la conversación.

Del taller de Los Inocentes, que entre las reparaciones de los carros, siempre encontraban lugar para las bromas, las más increíbles anécdotas y para asustar a los pequeños, que huíamos temerosos de pasar por delante de su carpintería.

De David, que acercándonos con Pedro José y Miguelete al taller, nos echaba a gritos sobre el ruido de la maquinaria, insinuándonos del peligro que allí había.

De la Fábrica de gaseosas de Felipe, que con las gruesas gafas de montura de concha, con su fino bigote y su aire de despistado, se movía incansable entre cubetas de hielo cuando íbamos a comprar un polo.

De su mujer, Sagrario, cuando iba con Manolo, y la encontraba siempre rodeada de hilos y lanas multicolores confeccionando con la tricotosa las prendas encargadas, y me extasiaba maravillado con el run run del ir y venir del carro al pasar por el peine metálico sacando el tejido de punto.

Del Tío Pedro XV, que con su costal al hombro, donde transportaba sus mercancías junto a los víveres que recaudaba, pues cobraba las más de las veces en especie, ora un pan, ora unos huevos, a veces chorizos, otras un pedazo de queso o unas patatas.

Parece que lo estoy viendo en la puerta de la Tía Celedonia, o en la de la Tía Molinera, o mismamente en casa de mis padres. Gastaba poco en vestir, pues siempre iba con el traje de pana negro raído, la camisa de dril, la gorra negra y la barba de varios días. Paseaba por el pueblo repartiendo sus arreglos de relojería, al tiempo que charlaba animadamente con sus vecinos y clientes. Este hombre, semi analfabeto, era un conversador nato que hablaba hasta por los codos, y según narraba con su inagotable imaginación cervantina, protagonista de multitud de experiencias y vivencias.

De los recados, cuando me mandaba mi madre a “Sederías Rubio”, la tienda de Manolo, los grandes almacenes del pueblo.

De cuando subíamos a jugar al calvario y a la Cueva Pavía, ver al Tío Poli, El Bueno, en la replaceta al sol, confeccionar escriños con la caña del centeno, con su cigarro de liar en la comisura de los labios, y su boina calada.

De la Huerta de Pepe Díaz, en la Plaza de la Fuente, un oasis en el centro de la Villa, que resistía en el secarral del estepario campo manchego.

Del Huerto del Tío Piluco, donde, al salir de la escuela escenificábamos nuestras particulares batallas entre indios y vaqueros.

De cómo al pasar por el Arenal, una vaharada de pan recién hecho emanaba del horno de la Tecla, donde miembros de varias generaciones se afanaban en frenética actividad y en múltiples quehaceres.

De cómo en más de una ocasión, había marchado con otros jóvenes y muchachas a la Retuerta o al Prado Redondo, de verdor ceniciento, en busca del apreciado ciacillo para confeccionar escobas.

Recuerdo los partidos de fútbol que jugábamos en la eras del Tío Prudencio, de Marino Gómez o de los Herminios, los de la calle Mayor contra los del Cerrillo, con una rivalidad más propia de los derbis de los grandes equipos que de dos barriadas del

pueblo, y que tras el triunfo paseábamos ufanos agarrados formando una piña y cantando siempre el mismo himno de victoria:

“Hemos ganao

Una copa de meaos,

Los que han ganao

Se la han llevao,

Los que han perdido

Se la han bebido”.

Mis recuerdos se van en Fiestas a los hornillos de churreros frente a frente, a la entrada de la Plaza, ahumando el ambiente con aromas de masa frita. A las casetas de tiro al blanco con las bolitas de colores esperando ser abatidas. A las voladoras descoloridas que giraban sin cesar. Al charlatán de la tómbola que micrófono en mano vociferaba vendiendo las rifas para el sorteo de la muñeca o del cueceleches. A María “La Barquillera” tras su impoluto y almidonado delantal blanco, despachando mantecados y barquillos, bajo la sombra del techo de su carrillo móvil, mientras su marido, Eulalio, merodeaba entre cajas de cartón ordenando los artículos. Detrás, en la fachada de Garde colgaban los cartelones que anunciaban las películas del momento: “Currito de la Cruz”, “El Bueno, El Feo y el Malo”, “Cantinflas”...y debajo de ellos, en un bastidor de madera los cartones de los fotogramas de las cintas, que proyectaba Rafael, El Pulga, en su casa.

Enfrente, junto a la acacia, las arquillas del Tío Daniel, “El Bizcochero” repletas de bollerías nevadas de clara de huevo, alajú, almendras garrapiñadas y peladillas.

Luego el recuerdo me lleva a la procesión de la Virgen por las calles del pueblo, que paraba en cada puerta y la orientaban hacia la entrada. Ya Pepe Díaz, Ángel, Eulalio o Fermín se acercaban portando las cajas, que por la hendidura de la parte superior, los vecinos depositaban su voluntad. Detrás los fieles, unos hablando, otros rezando, los menos cantando, mientras la Banda de Música de Horcajo u Osa de la Vega, entonaba marchas procesionales. Las mujeres seguían apiñadas, como cosidas al manto blanco, bordado en oro de la Virgen, unas descalzas, otras rezando, encerrando en su interior secretas promesas. Allí se hablaba y rezaba. Eran diálogos ardientes y miradas penetrantes, aflorando emociones desde lo más recóndito, sin importar que se pudiera percibir el sensible sistema hidrográfico de las lágrimas recorriendo las mejillas con colorete.

Y así podría estar horas y horas, días y días contando los recuerdos de mi infancia. Una infancia, por otra parte, normal, corriente, pero feliz, vivida en el pueblo con sencillez y humildad, sin móviles, smartphones, ordenadores, ni adelantos actuales, pero donde desarrollábamos la imaginación para jugar, y sin necesidad de quedar; donde todos los chicos éramos amigos y compañeros, y que nos bastaba con entrar a la casa del amigo o del vecino para salir a jugar a la calle, y donde en la TV en blanco y negro de Zacarías, la primera que llegó al pueblo, veíamos los domingos las series de Rin Tin Tin o Bonanza.

No me quiero extender más por aquello del aforismo literario de Baltasar Gracián de que: “ lo bueno si breve, dos veces bueno” pero sí terminar con la Elegía que dediqué al pueblo en 1973, ¡¡ que ya ha llovido!! y que algunos habréis podido leer en la Web de Villar de Cañas, y que dice así:

Casi perdida, Cuenca en tu tierra

nace una Villa

en triste suelo, pobre.

No quisiste arrancar

de la Sierra,

de la Alcarria

ni de Mancha

riquezas para engendrarla.

Y así...

Sierra no es tuya,

¡como tampoco de Alcarria!

¡¡Mancha!!

Te apoderaste de ella,

y quisiste gloriarte con sus honores,

allí...

perdida,

lejos de ti.

Villorrio medieval,

aldea,

Venta de Arrieros.
Ruta colmada de cañas.
Descanso del caminante,
casa del que peregrina,
cuna de hombres ilustres
que defendieron la Patria,
Jiménez.
Luces.
Albornoz.
Tu suerte Villa está en gracia.
Te mimaba la historia,
y,
naces
de una derrota. Del hambre
y fin de Alcolea,
donde el incrédulo apestado
muere hincando el acero
en tus laderas ,
¡oh Morra!
y en tu vega joven Záncara.
Creces
bajo el orgullo de tus molinos,
de tus casas en el campo.
De tus hombres de temple
que te pasean por la geografía
diseminando tu casta,
costumbres,

danzas.

Tu patrimonio.

Pequeña. En la llanura te alzas

con altivo desafío,

ofreciendo a quien te visita

tus calles largas, anchas,

tus casas blancas.

Son muy chicas las colinas

que te rodean:

Blancares,

Cerro La Cuna...

Pero te guarda

centinela en la noche de la tormenta

y en la clara,

El Cerro del Pino,

solitario,

vigilante

en medio de tus almendros y olivos,

donde mora la graja,

canta el chorlito,

anida la urraca

y la perdiz,

la codorniz se codician.

Muy cerca, tu vega de Záncara

que besa tus pies y refresca

las rutas que van a las viñas.

Eres de secano. Pero no quiso Dios

dejarte tan mísera,
y a tus espaldas puso
La Vega Fría,
El Regajo.
Y en tu vientre
La Pesquera,
bosquejo de fuente
manantial de cristal
con olor a pinos, a sargas, a chopos..
En tus laderas sembrados
cien pozos se pierden
brocalados,
diminutos,
con cien clases de agua
que alivia la sed del que pasa
y abreva el ganado.
Los Cogollares,
El Raso...
Más fincas te agrandan,
Te dan buena tierra
propia para vid,
trigales,
oleaje de espigas
en el mar de tu llanura.
Y...
se alejan de ti Las Cabezas,
donde el arte, la cultura

y el cuerpo del visigodo
yacen
esperando otra suerte.
Allí, donde el conejo acaricia su piel
burlando al cazador.
Allí, salta la liebre
que se esconde entre rocas,
piedras caprichosas,
mohínas,
berroqueñas.

¡VILLA DE LAS CAÑAS!

Rizomas son los cimientos de tus casas.

Rizomas los comienzos de tu
Iglesia, vieja y fría,
alegrada con el vuelo del vencejo
que alaba a Dios con su graznido
en el aire.

Rizoma eterna es
la raíz del Árbol Hueco
que
camino de la ermita
saluda a la Patrona.

Despide lastimero
a quien se marcha del pueblo
camino del cementerio.

Tu corazón es
La Plaza,

El Arenal,
La Fuente.
Tu pulmón, el trabajo del campo.
Tu diversión es la tasca,
el casino:
El Industrial,
La Invencible,
Zaca,
El mezquito.
Y tu gente es
Noble,
Leal,
Llana...

Y ahora sí que termino con la estrofa de los Gozos de la Novena a la Virgen y que hace referencia al Milagro de la Santa Cinta:

“Sednos siempre amparo y guía Señora de la Cabeza”.

Felices Fiestas a todos y.. ¡ VIVA LA VIRGEN DE LA CABEZA!